

LA ÚLTIMA GRAN PESTE DE OCCIDENTE *

Por JOSE LUIS y MARIANO PESET

La evocación de la ciudad de Marsella durante los años de la última gran peste europea constituye el tema de esta importante obra. Se trata de un libro muy digno de imitar, modelo de rigor histórico, planteamientos atractivos y belleza expositiva. Los autores han agotado datos y textos, valorándolos desde diversas perspectivas y presentándolos con gran elaboración y acertada oportunidad, resultando difícil decidir al lector si atenderá al detalle de los datos o planeará sobrecogido sobre los acontecimientos de aquellos terribles días. El libro se divide en dos partes. Tras una presentación de la ciudad, en su realidad más viva, se describen cuidadosamente los sucesos de la peste. Su entrada, desarrollo y conclusión, con enorme pormenor, gran riqueza de datos y extraordinaria viveza. La segunda parte del libro se consagra a examinar tres importantes aspectos: sus características médicas, su origen y penetración en la ciudad y, por fin, sus aspectos financieros y económicos. Nos detendremos en la exposición y comentario de esta segunda parte, más afín con nuestros propios estudios y sin duda las páginas más enjundiosas de la obra.

En primer lugar, plantean los autores el diagnóstico de aquella enfermedad, desde términos actuales. Desde luego, el historiador de la Medicina conoce perfectamente la dificultad y, muchas veces, inutilidad de la aplicación de categorías y conocimientos actuales a realidades nosológicas del pasado, pero el análisis—desde textos y descripciones coetáneas—resulta en este caso honrado e interesante. Los médicos de la ciudad de Marsella diagnosticaron peste en 1720, según la sintomatología clínica precisada desde Hipócrates. Con sus datos, los historiadores de hoy consideran posible identificar el cuadro clínico de la peste negra con rigor suficiente para aventurarse a un diagnóstico retrospectivo. Fue una peste bubosepticémica, a juzgar por los datos de que se acompaña: chancro, bubones inguinales o axilares, evolución de horas, altas fiebres, vómitos, cefaleas... Más difícil les resulta decidir si adoptó también la moda-

* Comentarios al libro de Ch. CARRIÈRE, M. COURDOURIÉ y F. REBUFFAT *Marseille, ville morte. La peste de 1720*. Marsella, 1968.

lidad neumónica. Algunos hechos concretos, la menor mortalidad en relación a la gran peste del XIV, obligan a opinar que no se presentó esta variedad. Los autores después analizan otros problemas: la posibilidad de que la peste hubiera ya brotado en 1719, tal como creyeron algunos médicos de la época, sobre algunas observaciones propias y cierto aumento de la morranda durante ese año. También intentan explicar la ausencia de la epidemia en las ratas con la mortalidad elevada de estos animales que suele acompañar a las pestes, insinuando que tal vez no existió este vehículo en la peste de Marsella de 1720. Este juicio choca desde luego con la descripción de una ciudad portuaria de principios del siglo XVIII, donde las ratas se enseñoreaban de calles, casas y muelles.

¿Y la terapéutica empleada? Los médicos no estuvieron acordes. Unos entraban sin reparo en los lazaretos; otros se cubren con hábito talar encerado, con una esponja de vinagre sobre el rostro, procurando no respirar el aliento del enfermo ni tragar la propia saliva, portando «un saquillo sobre el estómago con raíces y exudatorios en polvo...». Considerada la peste como un veneno, que, presente en el flujo sanguíneo, coagulaba la sangre, los remedios de los médicos marseleses tendían a restablecer su fluidez. La transpiración copiosa, los eméticos, los purgantes, la sangría..., eran muy empleados. Los bubones—considerados como lugares de expulsión del veneno—debían madurar y ser ayudados a la supuración por medio de ventosas, sanguijuelas o mediante la incisión. La profilaxis reúne las más variadas fórmulas, algunas tan pintorescas como el polvo de sapo o las píldoras de corazón e hígado de víbora. También los perfumes penetrantes o el vinagre de los cuadros ladrones, de «olor pronunciado, bastante agradable, estimulante...».

El segundo aspecto abordado por los autores de *Marseille, ville morte* atiende a la penetración de la peste en la ciudad y de paso a un curioso intento de establecer responsabilidades, aun a sabiendas de la dificultad y falta de interés de conferir a la historia instancia judicial sobre el pretérito. En la época mucho la interpretaron como un castigo divino a la maldad de la bella y rica Marsella; el obispo incluso insinúa en alguna ocasión la relación con los jansenistas. Es curioso que en toda epidemia haya alguna voz siempre que motive en determinados «pecados» religiosos o políticos el azote presente. Sin duda es una buena ocasión para pedir al pueblo «arrepentimientos» que impidan el desorden público actual y futuro. Aprovecharse de epidemias y hambres para el mantenimiento del orden social vigente es un hecho constante y evidente en la historia. Pero, además, hay otra explicación que nosotros hemos aventurado en otro lugar. Es posible que un régimen político débil—débil, en el Antiguo Régimen, significaba poco asenrado en el Altar y el Trono—no sea capaz de mantener un servicio sanitario adecuado. Si esto fuese cierto, cualquier cambio social brusco haría más sensible un pueblo a la enfermedad, lo que a su vez sería aprovechado por los partidarios del inmovilismo.

También es muy frecuente atribuir las epidemias a la mala alimentación, por su escasez o deficiente calidad. Después del hambre, la peste. Esta idea, tal como recuerdan acertadamente los autores, ha sido recogida por la investigación

más actual, viendo la peste como la epidemia de los subalimentados, como resultado de un medio epidémico, relacionándola con los precios del trigo y con los momentos de un máximo demográfico. Pero, dicen muy acertadamente los autores, por muy brillante que sea este análisis, no puede olvidarse que es una pulga la transmisora del bacilo; la peste no necesita de males precursores para ejercitar sus golpes. Ni siquiera el precio de los granos les parece explicativo, pues muchas veces no suben por penuria o escasez, sino por otros variados motivos; aquí concretamente, por inflación.

Y en este punto hemos de detenernos en una insoslayable disgresión. La bibliografía epidemiológica, al tratar de la peste bubónica, tiende a construir su valoración social y económica desde el binomio hambre- peste. Son muchos los autores que han visto aparecer las pestes como consecuencia de malas cosechas trigueras, de falta de abastecimientos... Incrementos en los precios del trigo suelen acompañar a los estragos de la peste bubónica. Pues bien, los autores de *Marseille, ville morte* opinan en relación a esta epidemia que ese esquema de trabajo científico no es válido. Según ellos, la explicación de la epidemia puede hacerse más directa y simplemente por la llegada, procedentes de Levante, de pulgas contaminadas, que encienden el horror en la rica y populosa ciudad de Marsella. Esta se encontraba bien provista de abastos—de trigo y carne—cuando comenzó la enfermedad. Testimonios de la época aluden, es verdad, a que ésta hace presa en gentes mal nutridas, y que se debe atribuir al mal estado de los alimentos. Con ello, sin duda, se quiere tranquilizar a los miembros de más altos estamentos o buscar una causa tranquilizadora a la peste, al nivel de los escasos conocimientos de la época. Si los precios subieron inmediatamente no fue por escasez de trigo, sino por el acaparamiento producido ante el miedo al futuro y por la desconfianza ante los billetes bancarios emitidos según la pauta preconizada por Law, que destrozaron la economía marsellesa.

Nosotros podemos aportar algún dato, de fuente muy subjetiva, pero interesante. Se trata de las noticias que la *Gaceta de Madrid* iba aportando sobre la evolución de la epidemia. El corresponsal en Génova, a cierta distancia, escribía en 10 de agosto de 1720: «Se han tenido varias noticias, que el accidente de contagio ocasionado en Marsella, con la llegada de una embarcación venida de Levante, no ha producido las fatales consecuencias que se temían; habiéndose reconocido, que la enfermedad que se padece son unas fiebres malignas, procedidas de los calores excesivos del Estío y de los malos alimentos con que, por la carestía de víveres, se habrán sustentado los pobres, que hasta ahora han sido los únicos tocados de este achaque tan maligno, que raro es el que se escapa; y se espera que mediante la divina providencia, con el sumo desvelo y acertadas providencias del magistrado, junto con los socorros de víveres, y demás cosas necesarias, que se tiene cuidado de enviarles, cese muy presto aquella calamidad y se vuelva a abrir el comercio, que tanta falta les hace.»

Desde París se comunicaba a Madrid en 17 del mismo mes que los habitantes de Aix y Avignon no dejan pasar gente—sin duda huidos de Marsella—y que «ha habido fusilazos y algunas muertes»..., «y por no reducirlos a la

última desesperación, por falta de víveres, pues por Mar no les entra ya la abundancia de granos que necesitan diariamente, dicen se está disponiendo que la Provincia (de Aix) les ponga a cierta distancia lo necesario, para que después lo lleven ellos a la Ciudad, y no se vean precisados a valerse de la artillería, municiones y gente que tienen muy copiosa, para abrirse paso con las armas». Y, con el mismo origen, se escribía el 28 de septiembre: «El contagio no se ha comunicado a otra parte alguna de la Proença; pero se padece en ella una especie de hambre, que proviene de la carestía de los víveres, ocasionada del precio excesivo del dinero y de la falta de comunicación y comercio de las Villas y Lugares, unos con otros.»

Estos preciosos textos apoyan plenamente la tesis de los autores, interpretación conveniente de una causa desconocida y posterior hambre efectiva por encarecimiento de víveres por diversos motivos consecuencia de la epidemia. Su conocimiento perfecto de la peste de Marsella nos mueve también a aceptar esta hipótesis en este caso concreto. Por otro lado, el mecanismo de propagación de la peste bubónica hace plausible que comencemos a dudar del binomio hambre-pestes. Especialmente Marsella, puerto comercial primero del Mediterráneo, será con frecuencia visitada por la peste; basta leer a Foderé o a Haeser. ¿Puede considerarse una zona económicamente deprimida? ¿O más bien habrá de darse mayor importancia a la contaminación—como en el caso del cólera—, dejando a un lado la explicación por carestía del trigo que refleja hombres? La cuestión es importante y no es ahora momento de resolverla, pero vayan por delante algunas consideraciones sobre ella.

Por de pronto, la subida de los precios de trigo—suele tomarse como base, muchas veces sin considerar que en algunas regiones puede haber alimentos subsidiarios o incluso tanto o más importantes que este grano—no indica automáticamente hambre. Sobre todo si su elevación se produce al mismo tiempo que la erupción pestífera. Más bien indicaría miedo al acaparamiento de las cantidades existentes, porque las gentes quieren almacenar para el futuro que con tan negras sombras se vislumbra. Saben que la peste ha de producir aislamiento, que cesarán las entradas del cereal y, por tanto, que conviene comprar y atesorar para prevenir. La demanda de trigo, por tanto, aumenta de inmediato y la oferta no puede compensar este incremento, pues el comercio con los lugares apestados se cierra con urgencia.

En un trabajo reciente hemos examinado la repercusión de la peste de Marsella sobre España; nuestras conclusiones nos inclinan todavía más hacia la opinión de los autores de este libro. En España no se produjo la enfermedad, pero sí el aumento de precios del trigo y el inicio de una crisis de hambre. La coyuntura de precios—muy semejante a Francia, por el grave daño que el cierre del comercio mediterráneo significaba—nos muestra cierto descenso entre 1720 y 1721, para subir después en 1722 y especialmente en 1723. ¿Está aquí la clave de la explicación? Al menos el caso es significativo; nos permite actuar *in vitro*, pues no existe peste, pero sí sus consecuentes trastornos de comunicación. ¿No será tal vez el esquema explicativo el contrario: peste-hambre? Los precios descienden en 1720 y 1721, porque las cosechas son

excepcionales y, además, en el primero de ellos se ha abierto el comercio con Europa, que se hallaba cerrado con ocasión de la guerra contra la Cuádruple Alianza. Pero el cerramiento a que se ve sometida España a partir de fines de 1720 va enrareciendo la situación; incluso la cosecha de años posteriores es muy mala. En suma, incluso conscientes de que son muchos los factores en juego, puede perfilarse que las medidas de aislamiento voluntario o forzoso por la peste—aquí coincidimos con Pierre Vilar en situar el comienzo del proteccionismo borbónico en estos años—producen carestías de trigo, aumento de sus precios e incluso el hambre. El binomio queda invertido: peste o temores de ella, aislamiento, escasez de trigo, subida de su precio... ¿Hambre? Tal vez, aunque muchas veces, repetimos, el aumento del precio del trigo nada indica en este sentido.

La propagación a partir de las ratas y las pulgas, con su vertiginoso ritmo, parece la explicación fundamental de estas plagas. Incluso las líneas continuas de su propagación—consúltese el *Lehrbuch* de Haeser—abocan hacia la necesidad de mayores cautelas en la aplicación del esquema hambre-pestes. Que afecta más a las clases necesitadas, sin duda; por sus condiciones de vida, por su mayor número, porque las clases adineradas o potentes suelen apelar de inmediato a la huida. Quizá en las zonas más pobres sea más mortífera, por las condiciones higiénicas de vida... Pero no queramos imponer una explicación demasiado sencilla a la contaminación de las ratas por pulgas infectadas, viendo siempre hambre y pobreza con anterioridad a la peste. Tal vez sea muchas veces su consecuencia. Y tal vez no se presente en momentos—pensemos en las luchas de la Guerra de Sucesión española por los campos de Europa—en que las condiciones serían las más adecuadas. Las líneas de penetración de la peste desde Oriente en los años 1709 a 1713 no alcanza curiosamente las zonas devastadas por la guerra.

Pero tampoco en estas consideraciones pretenda verse una demostración concluyente. Son sólo dudas, tanteos. Otra interpretación sería incurrir en lo que vituperaba graciosamente Mateo Alemán: «Que hay hombre, si se le ofrece propósito para guardar su cuento, que deshará las pirámides de Egipto, *haciendo de la pulga gigante*, de la presunción evidencia, de lo oído visto y ciencia de la opinión, sólo por florear su elocuencia y acreditar su discreción.»

Volvamos al hilo de nuestro comentario. En la peste de Marsella de 1720 parece necesario volver al contagio tradicional: la venida de un buque de los centros endémicos de Levante, concretamente el *Grand Saint-Antoine*, arribado el 25 de mayo de 1720 a Marsella. Detalles en su navegación y las muertes ocurridas a bordo muestran la presencia de la peste en sus hombres y en sus mercancías. Tampoco podemos detenernos aquí; el análisis hecho en esta segunda parte es magistral. Cómo se propaga la peste, el comportamiento de las autoridades, las medidas de seguridad y castigo tomadas, etc. Igualmente volaremos sobre el tercer tema tratado: el avituallamiento de la ciudad. Insisten en lo que hemos adelantado: cómo la incomunicación es causa del hambre y no ésta causa de la epidemia. Nos detendremos, sin embargo, en el balance

final que los autores hacen del libro, examinando las cifras de aquel cataclismo morbosos. Datos sobre defunciones se recogieron desde agosto de 1721; por ello al volver hacia atrás las dificultades fueron muchas. Las fuentes coetáneas hablan de 30.000 a 50.000; la encuesta oficial arroja una suma de 39.107 para la ciudad y suburbio. Pero sin duda la cifra sería más alta. Los fugitivos, muertos en su huida y refugios, no pueden ser contabilizados y la forma de realizar aquel recuento no fue, ni con mucho, perfecto; familias enteramente desaparecidas, extranjeros de paso por la ciudad, tan numerosos..., enmascararon el cálculo. Algunos datos de la época, aunque parciales, descubren tasas de mortalidad muy elevadas: el doctor Bertrán examina la mortalidad en diversos gremios y concluye una tasa del 50 por 100, aun cuando en muchos ejemplos se eleva al 70 y 80 por 100. También intenta precisar la cifra de muertos atendiendo a las tasas de los diversos momentos de la enfermedad. En plazo corto la población marselesa se rehace; el número de nacimientos se mantiene en los tres años siguientes, mientras desciende la mortalidad; los matrimonios se multiplican y la inmigración restaña heridas.

El comercio sufrió ostensiblemente durante los años negros; los negocios marseleses andaron mal. Varios índices dictaminan sin duda alguna el hundimiento: número de navíos que entran, construcción de buques, compras de naves, *stocks* almacenados... Mientras el sistema de Law fracasa, quedando sus billetes de Banco convertidos en deuda pública, Marsella pretende trato de favor para canjearlos por su valor nominal, lo que no se permite. Los autores, a través de la correspondencia de dos comerciantes, intentan precisar cómo afectó la peste sus compañías, que, naturalmente, siguieron negociando en el exterior. Incluso, pasado el paroxismo de la peste, las mercancías de Marsella, a pesar de las prohibiciones, viajan a Levante, y de allí, por Venecia y Holanda, vuelven a entrar—tras cuarentena—en el Occidente europeo. Por ello, a pesar del fracaso de los billetes de Law y de los horrores de la peste, en 1723, cuando se abre su puerto, Marsella está muy recobrada. Examinando el crecimiento de la fortuna de un determinado comerciante no es posible percibir el impacto de la peste; ni tampoco en el impacto de la coyuntura aparece clara y, además, no es fácil de atribuir aquellos malos años a la peste o al hundimiento del sistema Law. Más todavía, el tráfico portuario desciende, pero en términos semejantes a otros momentos del XVIII, en que la guerra ocupa a Francia. La peste no hundió económicamente a Marsella; a esta conclusión llegan los autores.

En definitiva, un gran libro sobre la última peste de Occidente. La gran cantidad de datos y perspectivas rivaliza con el cuidado de su construcción y su interés directo. A veces el lector puede temer un desbordamiento en el amplio manejo de fuentes, pero los autores siempre consiguen presentarlos en cuadros sugestivos de apretadas citas, párrafos, observaciones... Las páginas no llevan eruditas notas a pie de página, pero una amplia reseña de archivos consultados, de fuentes y bibliografía responde de la calidad y profundidad de este libro de la ciudad de Marsella, ciudad muerta bajo la epidemia de peste de 1720.